

EDITORIAL

ANSIA DE PAZ INFINITA y COMPASIÓN INFINITA



En el carrerón que ha emprendido el Gobierno por ponerle las cosas fáciles a Eta, ha entrado un novísimo elemento. El “Ansia Infinita de Paz” de Zapatero y de Eta quedaría como algo incompleto si no fuese acompañada de “Compasión Infinita” por el inmenso sufrimiento del asesino múltiple De Juana Chaos. Por eso se ha puesto en marcha la campaña para inducir en los ingleses primero, tan sensibles, y luego en los españoles esa compasión infinita por el pobre De Juana Chaos, que encima declara que no está arrepentido de ninguno de sus 25 (veinticinco) asesinatos.

Zapatero está empeñado en concederle a Eta la libertad de De Juana Chaos en premio por los 25 asesinatos. Sí, sí, libertad total y gratis total. Ese es el signo de buena voluntad que espera Eta de Zapatero. Es el trato, es el pacto. Y si Eta pierde la paciencia, pues ya se sabe, volverá a las andadas. Pero como eso no cuela sin más, y como las Víctimas del Terrorismo no están por la labor, hay que blanquear la imagen del asesino. ¿Cómo? Presentándonoslo como un *Ecce Homo*, una víctima inocente, víctima de las malas entrañas del PP y de las Víctimas que él hizo.

¿Y eso colará? ¿Y a Zapatero, qué le importa? Lo prioritario, lo urgente es dar a Eta lo que es de Eta y a Dios lo que es de Dios. Y claro, el terrorista es la joya de la corona de Eta, y ha de rescatarlo como sea; si no, no hay trato, por infinitas que sean las ansias de paz de Zapatero. A éste le basta el pretexto, la coartada de la obra humanitaria; por eso nos lo han exhibido como un mártir. Y se ha buscado aliados fuera de España, por ver si cuela.

Pero la inmensa mayoría de los españoles no está dispuesta a concederle al asesino la compasión que él no tuvo, ni tiene ahora por las víctimas. Encima con insolencia. Para ponérselo aún más difícil a Zapatero el Apaciguador. ■

EL SÍNDROME DE LA PLAZA DE ORIENTE

Andaba cavilando qué nombre le pondría al singular fenómeno que se produjo en la manifestación del 3 de febrero. Estuve barajando dos nombres: el de manifestación nacionalista española y el de manifestación patriótica española. Me quedé con este último; pero ese nombre no abarcaba el fenómeno con todas sus aristas y en toda su extensión. Me quedaba todavía sin definir. Hasta que ayer escuché de boca de un detractor de esos manifestantes una clave más: con intención de insultar, claro está, afirmó que los manifestantes padecían el síndrome de la Plaza de Oriente.

En efecto, esa era una de las claves de lo que ocurrió allí. Éramos muchos los que teníamos la percepción de que aquello era un punto de inflexión que marcaba un antes y un después. El punto de inflexión más notorio fue la fuerte presencia de la bandera española y del Himno Nacional con carácter de total legitimidad. Efectivamente, ahí se daba fe de la superación del síndrome de la Plaza de Oriente y de la recuperación para los españoles de a pie, más allá de sus credos políticos, de la bandera y del himno. Se acabaron los complejos. Sí, se acabaron los complejos.

La prueba de que efectivamente aquella manifestación patriótica ponía fin a los complejos, es que la parte contraria, la que por no ofender a los nacionalistas no saca banderas nacionales ni recurre jamás al himno nacional, contraatacó argu-

mentando que estaba muy mal, que era una usurpación que los símbolos de todos se los apropiasen algunos. Y otra prueba de que el complejo estaba ahí, es que el combativo Ángel Aceves replicase a la defensiva. Los exégetas gubernamentales acabaron de dar la clave: era el síndrome de la Plaza de Oriente. Era, esa es mi exégesis, la feliz superación de ese síndrome.

En efecto, el 3-F ocurrió algo trascendental, que no surgía de la nada, sino que era la decantación de las movilizaciones anteriores. Allí estaba la sociedad civil más concienciada y dinámica. El 3-F la entidad convocante fue el Foro de Ermua, el que venía dando la batalla de las ideas contra el nacionalismo y contra el terrorismo. Junto a ellos estaban la Asociación de Víctimas del Terrorismo y la Fundación para la Defensa de la Nación Española. Y detrás los peones Negros (los que quieren saber del 11-M), la asociación de funcionarios que dan la batalla jurídica, y mucha más sociedad civil. Estaban además los partidos políticos que, otra novedad, quedan como fuerza testimonial. El PP aún aporta militantes a estas movilizaciones; pero su papel en ellas será cada vez menos relevante.

En el cuerpo de la manifestación se percibía con total plasticidad la superación de complejos: ahí estaban, detrás de Ciudadanos, los Falangistas y una nueva formación Comunista, todos reivindicando como un orgullo su condición común

de españoles. El franquismo (por primer nombre nacionalsindicalismo, y luego Movimiento Nacional), hizo bandera de la defensa de la Nación española. Ese fue su estandarte y su locomotora. Evidentemente la guerra civil puso en grave peligro la existencia de la Nación, sobre todo a partir del momento en que el Gobierno de la Nación se puso en manos de Rusia. Y fue siempre la Plaza de Oriente, delante del Palacio Real, donde el franquismo celebraba sus paradas de afirmación nacionalista, del mismo modo que celebraban las suyas Mussolini en Roma y Hitler en Berlín. En los tres países, el flamear de grandes banderas nacionales tiene una lectura nazi-fascista. Por eso nadie se esperaba que la bandera de España (en dimensiones caseras) y el himno nacional serían los máximos protagonistas de la manifestación.

¿Y eso por qué ha ocurrido? Pues porque la percepción de que la Nación está en grave peligro, afecta a más de la mitad de la población española. Un buen indicador de cuántos están con Zapatero para que consuma la rendición de la Nación a Eta, la llame como la llame, y cuántos por la derrota de Eta cueste lo que cueste, lo tenemos en la diferencia entre la manifestación del 13-E y la del 3-F.

Pero a fuer de realistas, hemos de colocar ahí un factor de corrección, puesto que la diferencia es mucho más cualitativa que cuantitativa. No es, en efecto, el número de adictos de cada tendencia el que determina la cifra de asistentes al acto, sino el grado de adicción a unas u otras tesis. Es evidentísimo que el Plan de Paz de Eta-Zapatero no levanta entusiasmos. No sólo eso, sino que muchos de los que acudieron a la manifestación del 13-E iban “de oficio”, prescindiendo de su adhesión personal a esas tesis. Zapatero ahora tiene votantes, pero no manifestantes (antes era a la inversa). De los votos que recibe, está claro que la mayoría no son

a favor de su política, sino contra el PP.

En esta manifestación se ha hecho evidente que no todos los que están contra el PP están a favor de la rendición a Eta. Eso explica su menguada capacidad de movilización. En el otro bando, en cambio, frontalmente contra Eta y sin paños calientes, están no sólo los del PP, sino muchísimos socialistas (el Foro de Ermua es de matriz socialista), y hasta gente de extrema izquierda. Esta aritmética se traducirá inexorablemente en votos si avanza LA PAZ DE ETA, y no precisamente a favor de esa paz.

Y entre la sociedad civil están adquiriendo una fuerza extraordinaria los Peones Negros, que allí estaban también. ¿Y a qué se dedican? Pues a recordarle a Zapatero cada día 11, que su legitimidad la trae de ese atentado; y que por eso tiene obligación de explicar a los españoles quién o quiénes le ayudaron a ocupar la Moncloa mediante esa bárbara masacre, tan bien sincronizada con su utilización mediática. Ni aceptan que fuese casualidad tan perfecta sincronía ni ven normal que el sumario y la comisión parlamentaria de investigación estén plagados de irregularidades.

¿Qué está pasando pues? Está pasando que la SOCIEDAD CIVIL se ha alzado en defensa de la Nación amenazada. Y empieza a ser ya mucha sociedad civil, con mayor poder de convocatoria que cualquier partido o sindicato. Ha ocurrido que esta sociedad, a punto de que le cambien el régimen, se ha sacudido los complejos del antiguo régimen. Ya era hora. Ha llegado en efecto la hora en que defender a España empieza a ser lo bien parecido. Sin complejos por un pasado que ya no es nuestro y sin avergonzarse de los símbolos de la patria. La Plaza de Oriente se nos ha quedado a años luz. ■

Mariano Arnal

SÍNDROME

Συνδρομειν (*syndroméin*) significa “correr juntos”; en latín a eso se le llama *concurrere*, y en español “concurrir”. El sustantivo es en griego συνδρομη (*syndromé*), en latín *concursum* (el hecho de concurrir) o *concurrentia* (el conjunto de cosas o personas que concurren); a partir del supino de *cúrrere* (*cursus*), hemos formado los sustantivos curso, concurso, recurso, incursión, excursión... y los verbos cursar y concursar. Claro que nos guste o no, el **síndrome** tiene un estrecho parentesco semántico con todo eso, pero si se eligió la palabra griega fue porque se buscó que no se entendiese eso tan genérico, sino algo específico y exclusivo de la medicina.

Si vamos a las definiciones convencionales, tenemos que **síndrome** es el *conjunto de signos y síntomas que aparecen al mismo tiempo y que definen clínicamente una enfermedad*. Despejando los términos que forman parte de la definición de **síndrome**, tenemos que **síntoma** es la *manifestación subjetiva de un trastorno por parte del enfermo, que puede corresponderse o no con algún signo*; y **signo** es en medicina la *alteración objetiva que produce una enfermedad en el organismo, que se puede poner de manifiesto durante la exploración médica*. Está claro que si una enfermedad se define como **síndrome** es porque todavía está sin definir su naturaleza, el agente que la provoca, y por tanto hay que describirla, más que definirla, por una serie de signos externos entre los que se mezclan elementos objetivos y subjetivos. Es un estado de confusión propio de una enfermedad recién descubierta, que cuenta con variadas descripciones, pero no con una definición ni con un nombre, resultado de haber aislado al agente que la causa. Es cierto que algunas enfermedades a las que se dio en un principio el nombre genérico de **síndrome**, con el respectivo apellido, han conservado después de definirse nítidamente la enfermedad y aislar a su causante, el nombre de **síndrome**. Es el caso del que lleva el apellido de Down.

Es sintomático que en griego συνδρομη (*syndromé*), significa especialmente confusión, alboroto, reunión tumultuosa. Quizás el que introdujo este término griego en medicina, prefiriéndolo a su traducción latina (conurrencia), tuvo en cuenta el genuino significado de la palabra griega, y quiso referirse a la confusión y al tumulto que provoca, y a las dificultades que entraña para un buen diagnóstico, el no contar más que con un montón de síntomas y signos, con importantes distorsiones subjetivas. Llama también la atención que habiendo podido elegir el lexicólogo de turno el sustantivo συνδρομος (*syndromos*), de connotaciones más suaves (cruce de caminos, encrucijada, plaza), prefiriese el más discordante. Quizás fue un buen lexicólogo, que sabía lo que de hacía.

El que una enfermedad tenga en su largo nombre el término **síndrome**, no es como para inspirar confianza en los pacientes. Eso significa que al no conocerse en qué consiste exactamente la enfermedad, se toma como tal el conjunto de sus manifestaciones. Y el hecho de que se haya instalado definitivamente en ese nombre tan indefinido, no invita precisamente al optimismo. Es el caso del **síndrome** de inmunodeficiencia adquirida (sida); no se sabe muy bien contra qué se lucha. ■

de elalmanaque.com